

constituyeron juntas de diez comisarios corsos cada una, á cuya disposición se pusieron respectivamente cuatro compañías destacadas del regimiento provincial de la isla. La superintendencia y las juntas tenían el cometido de aplicar rigurosas leyes penales. Al que sin permiso escrito del podestá estaba más de un mes ausente, se le tenía por prófugo y se le confiscaban los bienes. En cuanto al asesinato con premeditación y alevosía, tenía por castigo el suplicio de la rueda. En caso de venganza, además de las penas ordinarias, se arrasaba la casa del culpable, incapacitando á todos los individuos de su familia para el ejercicio de empleos públicos.

Sin embargo, la masa general del país permanecía hostil á los franceses. Los recuerdos de la última guerra y de la derrota de Ponte-Nuovo estaban aún demasiado vivos y los naturales no agradecían al gobierno establecido en la isla el haberla pacificado. Por otra parte, á los corsos les molestaba que los franceses desempeñaran la mayor parte de los empleos, pues en particular los de administración y hacienda habían ido á manos de los patrocinados por los hermanos Costa, quienes desde Versalles administraban la isla. Tenían los isleños achaque de empleomanía, y como de hecho les estaba cerrado el acceso, fué formándose en el país una opinión contraria á la influencia francesa y se echó en cara á los empleados que no gastasen sus sueldos en la isla, sino en lujos y vanidades que lucían en el continente. Punto de crítica eran todas las providencias que la administración juzgaba necesarias para tranquilidad del país, sin tener en cuenta las importantes obras públicas que se emprendieron ni aun el haber tratado de establecer una colonia agrícola de labradores lorenenses. Esta colonia, establecida en Poretto, fracasó por diferencia de condiciones climatológicas y los colonos no sólo no pudieron lograr cosecha alguna sino que enfermaron de anemia, y de ochenta sobrevivieron diez y seis.

No estaba acallado el descontento, á pesar de cuanto para ello había hecho Marbœuf. Contra él y contra los comisarios Boncheporn y Custer, que gobernaban la isla, hubo en 1775 una especie de insurrección iniciada por monseñor de Guernes, obispo de Aleria y diputado por el clero á la asamblea estamental, quien publicó un vehemente manifiesto en el que, reconociendo las buenas intenciones de Marbœuf, culpaba á los dos comisarios de despotismo y granjería en la

administración de la hacienda pública, fiados en la distancia de la metrópoli. En recompensa de su valor cívico, recibió el obispo de Aleria la orden de no salir de su diócesis sin expreso permiso. También Petriconi, antiguo teniente coronel de la guardia corsa, había protestado contra las depredaciones de Custer, pidiendo además la supresión de empleos inútiles y algo mejor arreglo de la hacienda insular. Marbœuf hizo callar á Petriconi lo mismo que á Belgodere de Bagnaja, diputado de la comisión de los doce é individuo del Consejo Supremo, quien había criticado la administración francesa diciendo que por su culpa vivían los corsos en la indigencia y la miseria.

Después de estos escarmientos y otros que les siguieron, callaron por fin los corsos, pero el descontento creció ocultamente por toda la isla y entre todas las clases sociales. Había fracasado la política conciliadora de Marbœuf á causa del insaciable egoísmo de los comisarios, que colocaron en los empleos lucrativos á parientes y amigos, y también á causa de que bajo el glorioso mando del general Paoli se habían visto los corsos á punto de recobrar su independencia, puesto que ya los genoveses estaban en el último apuro cuando llegaron los franceses en su auxilio para trabajar después por cuenta propia.

El talento organizador de Paoli, tan poderoso como el militar, había dotado á Córcega de valiosas instituciones que hubieran hecho rápidamente de la isla un pueblo civilizado y con vida propia. Paoli había asentado sobre sólidas bases la organización administrativa; había fundado en Corte una imprenta, un *Diario Oficial* y una Universidad; acuñaba moneda y tenía fábricas de salitre. Era jefe indiscutible, querido y admirado de Córcega entera, que bajo su mando se veía feliz é independiente. Así se comprende que los corsos no pudieran olvidar la brusca y sangrienta intromisión de los franceses en sus asuntos interiores y que hubiesen sido vanos cuantos esfuerzos intentara Marbœuf para ganarles el ánimo. Tal era la situación de Córcega en el momento de nacer Napoleón, el futuro caudillo que había de mudar los destinos del mundo.



Vista panorámica de Ajaccio y el golfo que la circunda.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA FAMILIA DE NAPOLEÓN

Los historiadores no coinciden al determinar los orígenes de la familia Bonaparte, aunque todos están acordes en reconocerle muy vieja estirpe.

El historiador corso Nasica dice que Muratori, en sus *Antigüedades de Italia*, cita una donación hecha en 1407 al párroco de San Mamiliano, de la isla de Monte-Cristo, por los señores Otto Domenico y Guidoni de Conti, en la que aparece como testigo un Bonaparte. Este acto tuvo efecto en Mariana, una de las grandes ciudades de Córcega sojuzgadas por los romanos, debiendo ser el testigo un habitante de la isla y tal vez antepasado de Napoleón I. Nasica observa, además, que en la escritura de donación se antepone el título de *messer* al Bonaparte que la firmó como testigo, lo cual indica cierta consideración y principalía en el personaje, corroborando el que los Bonaparte fueron siempre tenidos por familia noble. Aunque

se suponga, con Nasica, que es más reciente la fecha de la escritura, siempre resulta suficientemente antigua para inferir que la familia Bonaparte se remonta á varios siglos.

Conviene declarar también las demás versiones relativas al origen de esta familia, y entre ellas es interesante, por más que deba recibirse con ciertas limitaciones, la que adscribe origen griego á los Bonaparte, cuya rama entronca con los emperadores de Oriente. El historiador corso Santini da la filiación en esta línea, derivando el árbol genealógico de la familia Bonaparte del emperador Manuel Paleólogo, nacido el 13 de Noviembre de 1348 y casado con Irene, hija de Constantino Drogasio, de Macedonia. Al decir de Santini, este árbol genealógico se descubrió por rara casualidad entre los papeles de la familia Canari, hacia el año 1749, en que una señora llamada Paravicino, casada el 5 de Marzo de 1741 con un José Bonaparte, encargó á su tío Francisco Canari que escudriñase los archivos de la ciudad de Génova con esperanzas de encontrar documentos concernientes á la familia de su marido. En el transcurso de sus investigaciones encontró Francisco Canari el árbol genealógico según el cual la familia Bonaparte arranca de los emperadores de Constantinopla y lo envió á su sobrina con una carta, que también se encontró con el árbol. Otros historiadores sostienen que la familia Bonaparte procede de Italia, y en prueba de ello aportan no despreciables indicios. Dicen que los Bonaparte tenían su casa solariega en Treviso y que la familia de Ajaccio era una rama de la troncal. Cuando después de la segunda campaña de Italia entró Bonaparte triunfante en Treviso, las autoridades de la ciudad le recordaron su origen trevisano y aun le enseñaron documentos atestiguatorios de que los Bonaparte habían desempeñado honroso papel en los anales de la ciudad.

Arturo Chuquet, en su: *Juventud de Napoleón*, recuerda que si bien Paulina no podía probar plenamente el abolengo trevisano de su familia corsa, en cierta ocasión sostuvo, en un arrebato de cólera, que entre sus antepasados se contaban los príncipes de Treviso, soberanos de esta ciudad en tiempos en que nadie conocía á los antepasados del Czar. Por último, otra versión derivó á los Bonaparte de una familia patricia de Florencia, de abolengo inmemorial. De este origen eran partidarios Luciano y José en la rama de Córcega, sobre todo José,